

solver jamás de sus iniquidades al bíblico Mario. Cierta es que cuando hubo anegado en sangre la Inglaterra gobernó con mucho patriotismo, y que fundó en ella poderoso imperio marítimo y terrestre; pero si las naciones son á las veces ingratas con las virtudes que se practican para su bien, áun lo son más, y entónces justamente, con los crímenes que se cometen para engrandecerlas; que los pueblos, digan cuanto les plazca los discípulos de Maquiavelo y de la Convencion, tienen conciencia y remordimientos que duran tanto como la historia, y Cromwell así ofendió la de Inglaterra como sus sentimientos humanos á fuerza de crueldades y de iniquidad. Por eso la sangre de Carlos I y la de Irlanda manchan su nombre y es su memoria sinistramente famosa; por eso sus historiadores, sus tribunos y sus patriotas ni gustan hablar de Cromwell ni que les hablen de él, y se avergüenzan de ser deudores de todo á un hombre semejante; y por eso los ingleses, al propio tiempo que reconocen históricamente la realidad de sus servicios y gozan de sus conquistas, le cierran las puertas del templo de la gloria, y aceptan la obra rechazando al hombre que la ejecutó: que así es Oliver Cromwell para sus compatriotas como las piedras drúidicas en las cuales sus bárbaros antepasados hacian sacrificios humanos á sus dioses; piedras que despues han servido para levantar los cimientos de grandes edificios de otra edad, y que no es posible desenterrar y restituir á la luz del dia sin ver á seguida la mancha de sangre que dejó en ellas salvaje y feroz supersticion.

NELSON.

I.

El personaje cuya biografía nos proponemos referir es inglés, y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia universal, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribucion de mérito y de gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al traves de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustracion de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilizacion cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes. Por eso Annibal, el héroe de Cartago, le parece personaje tan histórico y grande

como Escipion, el héroe de Roma: que ambos son hombres, y esto le basta para inmortalizarlos con el mismo pincel, y ofrecer con igual orgullo sus hazañas á la contemplacion y entusiasmo de los siglos. Pues como la gloria es cual la verdad, y no tiene fronteras, y brilla en provecho de todos igualmente, de ahí que si Newton descubre la ley mecánica de los mundos en Inglaterra, no cierran sus puertas las demas naciones y la Francia con ellas á sus conquistas científicas á pretexto de que sean verdades antinacionales, sino que, por el contrario, lo consideren como amigo, compatriota, revelador de grandes verdades y bienhechor de la humanidad. Lo propio acontece con el heroísmo que con los descubrimientos científicos, pues luégo que aparece, bajo cualquier bandera que sea, queda reconocido y aclamado, y si sufre por ello el estrecho amor propio de nacionalidad, en cambio el ancho y generoso amor de la especie humana se regocija y complace. Ni tampoco sería posible de otro modo, pues en la posteridad no hay propios ni extraños, nacionales ni extranjeros, amigos ni enemigos, vencedores ni vencidos, sino hechos ó hazañas: como que la muerte nacionaliza todo cuanto fué grande y digno de gozar la misma inmortalidad.

Hemos creído necesarias y oportunas estas explicaciones en orden al fin y al propósito que inspira este libro por motivos fáciles de comprender, en los momentos que nos proponemos escribir la historia de un enemigo que recuerda dolorosamente á nuestros corazones Abukir y Trafalgar, esos dos Waterlós marítimos, en los cuales sucumbieron las flotas francesas, pero en cuya sangre y fuego se acrisoló nuestra constancia, nuestro sufrimiento, nuestro valor y nuestro nombre.

II.

Entre los grandes caudillos y guerreros que brillan en las luchas de pueblo á pueblo, son los grandes marinos los que siempre han despertado más vivo interés, á causa sin duda de que la inmensidad y el poder del movable y temeroso elemento en el cual luchan y combaten los eleva por sobre los otros hombres. Y, en efecto, así acontece, no por vana ilusion de la fantasía, sino á virtud de apreciacion equitativa de su gloria, pues la diversidad y grandeza de facultades naturales y adquiridas que necesita reunir el mismo individuo para ser un héroe del mar, asombran, y hacen al marino perfecto incomparable con los demas guerreros. Porque si al uno sólo es necesario esa manera de heroísmo que arrostra el fuego con ánimo sereno; al otro es indispensable, además, el heroísmo que arrostra el elemento, no bastando, por tanto, al guerrero marítimo las cualidades del corazón que bastan al guerrero terrestre, pues tanto há menester de inteligencia y carácter como de bravura el jefe que manda la maniobra ó el fuego sobre la cubierta de un buque. Ciencia para leer su derrotero en los astros; vigilancia para preservar sus naves de tempestades y escollos; conocimiento y práctica de los aparejos que sirven para mover como teclados esas máquinas formidables casi animadas que se llaman navíos de guerra; valor para ir al fuego en medio de la tempestad, es decir, á la muerte por la muerte; sangre fria para el ataque y la defensa; abnegacion exaltada con la certidumbre de perecer, y que mueve al sacrificio propio para sal-

var una escuadra; autoridad para imponerse á todos á bordo; resolución rápida para obrar sin consulta con la seguridad del instinto; ciega obediencia para ejecutar la órden superior aunque repugne y parezca y sea realmente absurda; disciplina que vive de justicia y que castiga lo propio que disculpa sólo por demostrar la igualdad de la regla; rostro sereno en medio de las mayores angustias del corazón para que todos cobren fuerza y confianza viendo al jefe; dignidad de carácter para conservar en el roce continuo de á bordo el prestigio que los generales de tierra mantienen alejándose de sus subordinados y que los de mar hacen prevalecer rodeados de tripulaciones que los codean á cada paso; audacia prudente para tomar sobre sí responsabilidades imprevisitas á larga distancia de su gobierno, y que asumen la suerte de un imperio en una maniobra y en un nombre; y luégo los desastres inesperados, los temporales que dispersan y destrozan las naves, los incendios que las devoran, las corrientes que las hacen zozobrar, las calmas que les impiden moverse, los escollos que las echan á pique, siniestros todos que han de preverse, repararse, sufrirse con el estoicismo de quien lucha cuerpo á cuerpo con el destino; por campo de batalla los estrechos límites de un entrepuente, y un puñado de hombres no más por testigos de las mayores bizarrías; gloria ingrata y efímera, tarda en conquistarse y lenta, fácil de perder en un momento, y que acaso no llevan á la patria las brisas del mar; la muerte léjos de los seres amados, y el Océano por sepulcro, cuando no playa solitaria como despojo de lúgubre naufragio: ¡hé aquí el navegante! ¡cien peligros por cada lauro; en un solo hombre diez héroes! Así fueron los grandes marinos de Francia, España é In-

laterra, y así fué Nelson también, el más grande y famoso, y el último de los héroes del Océano, Titanes de la mar.

III.

Horacio Nelson nació en una pobre aldea del condado de Norfolk, en Inglaterra, el 29 de Setiembre de 1758. Era su padre rector de la parroquia, y su madre, parienta lejana de la ilustre familia de los Walpole, dejó, al morir en edad temprana todavía, once huérfanos sin otro haber ni otras esperanzas que la honra y la pobreza. Sin embargo, su alianza con los Walpole fué muy útil á sus hijos, á los cuales prometió, además, proteger en la medida de sus fuerzas un hermano suyo, capitán de navío de la armada, movido á lástima con el cuadro que ofrecía tan numerosa prole tan falta de recursos. Con estos arrimos fueron creciendo y educándose por su padre, Horacio y sus hermanos, en la tranquila soledad del campo y en el afecto que liga generalmente unos á otros los individuos de las familias menesterosas y bien nacidas. El rector era maestro de sus hijos, y la dulzura de sus lecciones así penetró el corazón como la inteligencia de todos ellos; pero, en cambio, su constancia en el trabajo, sus penas y su escrupulosidad en cumplir los deberes de su oficio y del magisterio, acabaron por alterar su salud, teniendo entónces que separarse de la familia para buscar en las aguas medicinales de Bath el remedio de sus achaques. Durante su ausencia quedó con el gobierno de la casa el primogénito, tarea ingrata para un jóven, pero que hacían fácil y llevadera la recíproca ternura y la docilidad de los

hermanos, que parecían obedecer en él á la voz del padre y al espíritu amante de la madre.

Un día de los de Pascua estaba Horacio, á la sazón de doce años, repasando en el comedor de su casa un periódico, cuando al leer en él que su tío había sido nombrado comandante del navío *Reasonable*, de sesenta y cuatro cañones, sintió revelarse su hasta entónces indecisa vocación.

«Es preciso—exclamó dejando el papel sobre la mesa y dirigiéndose á su hermano Guillermo, que le llevaba pocos años—que sin perder tiempo escribas á padre y le digas que pida permiso á tío Mauricio para embarcarme con él.»

Guillermo lo hizo así, y el padre, que conocía el carácter de su predilecto, no se sorprendió al entender su resolución, ántes por el contrario la encontró ajustada en aquel caso á sus predicciones, pues siempre le habían oído decir todos, hablando de Horacio, que cualquier rumbo que siguiera llegaría con felicidad al término de su carrera. Tanto por esto, como porque preveía el buen anciano su próximo fin y deseaba dejar un hijo ménos á la ventura, escribió á su cuñado Mauricio Suckling, pidiéndole tomara consigo á bordo á Horacio.

«¿Es posible,—contestó el tío, sorprendido de la heroica vocación de un niño tan delicado de salud como lo era entónces Horacio;—es posible que quiera ese rapazuelo, el más endeble y falto de salud de la familia, exponerse á los peligros del Océano? Pero, en fin, pues lo desea, venga en buen hora. ¡Quién sabe si la primera vez que éntre en fuego, una bala de cañon es su Providencia y asegura su porvenir!»

Sin embargo, la intrepidez del niño estaba en su alma, no en sus músculos; como que ya crecido pre-

guntaba un día con curiosidad á su abuela qué cosa era el miedo de que hablaban sus hermanos y amigos. Cuando le hubieron explicado el sentido de la palabra, exclamó con la inocencia del valor que aún no sabe apreciarse: «¡Qué cosa más rara! ¡No acierto á comprender cómo sea esa impresion del miedo, que no he sentido nunca!»

IV.

Un marinero de confianza de su tío fué á recoger al niño á la casa paterna para llevarlo á bordo del *Reasonable*, anclado en la embocadura del rio. No sin lágrimas y sollozos se apartó el jóven Horacio del hogar de su infancia y de los brazos de sus hermanos, pues su valor no era sino un estado de exaltacion del alma, que se asociaba en lo íntimo de su pecho á la más tierna sensibilidad, siendo su corazón asiento de toda bizzarria y de toda ternura. Con los ojos aún encendidos de llorar y mal reprimidas angustias por el dolor de la separacion, pisó la escala del buque donde debía comenzar su aprendizaje.

Como no se hallaba su tío á bordo ni había dejado tampoco encargo de recibir á Horacio, pasó éste todo el día y la noche solo sobre cubierta, sin que nadie se preocupara de su persona ni le dirigiera la palabra; circunstancia triste y enojosa para el corazón de un niño recién salido del hogar paterno y que recordó toda su vida. Nadie hubiera dicho al verlo tan olvidado en la toldilla del *Reasonable* que la cubierta de un navío sería con el tiempo imperio, patria, gloria y tumba suya.

Dos campañas hizo Nelson en el *Reasonable* y el

Triumph, á las órdenes tambien de su tío; pero como fuera desarmado el *Triumph* despues de la guerra contra España, nuestro jóven marino se embarcó en un buque mercante que hacía largos viajes, adquiriendo en aquella navegacion más libre y aventurera la osadía del marino y la prudencia del piloto consumado. Al volver á Inglaterra lo recibió de nuevo su tío en el *Triumph*, donde dirigía una escuela naval teórica y práctica; mas presto le causó enojo la inmovilidad de un navío anclado en el Támesis, pues como hubiera contraído la pasión y el hábito del mar, y quisiera satisfacerla investigando sus misterios, al saber que se preparaba un viaje de descubrimientos al polo Norte obtuvo licencia para formar parte de la expedicion, alistándose sin más tardanza en el *Hórserace*. El cual, cuando hubo llegado á los últimos límites del Océano navegable á la sazón, quedó cogido en los hielos y expuesto á los peligros y extremidades características y propias de tales empresas, aciagas para tantos aventureros. En este viaje luchó Nelson cuerpo á cuerpo con un oso, y allí hubiera muerto entre sus garras á no libertarlo de ellas un compañero, matando á la fiera.

—«¿Por qué, no teniendo edad ni fuerzas para esas cosas, os atrevisteis á trabar semejante lucha?»—le dijo el capitán del *Hórserace*, al castigarlo por su temeridad.

—«Lo hice para llevar á mi padre y hermanas la piel de un oso cazado por mí.»—le contestó Nelson, á quien seguía siempre la imágen del hogar paterno.

Esta ruda campaña de los mares del polo, y los grandes trabajos que hubo de sufrir durante toda ella, fortalecieron su salud y desarrollaron y robus-

tecieron su cuerpo, haciéndolo apto para las más arriesgadas y temerarias empresas de su carrera.

V.

Al cabo de un año, perdido en contemplar el desierto de hielo que la naturaleza opone á la investigacion científica del polo, regresó la expedicion á los mares abiertos, y embarcado entónces por su tío en la corbeta de veinte cañones *Horse Sea*, navegó con rumbo á las Indias, haciéndose digno de las alabanzas de sus jefes, á pesar de los pocos años que contaba, por su exactitud en el servicio, habilidad y pericia en la maniobra, y sereno espíritu en la tempestad. Sobrecogiólo en aquella época, y cuando llevaba dos años de apostadero en los mares indicos, una enfermedad que puso en peligro su vida. Apoderóse negra melancolía de su imaginacion, y en fuerza de su dolencia, y de pensar sin tregua en la patria, llegó á concebir la idea de renunciar por completo á la carrera que le impedia vivir con los suyos, y aún de suicidarse si sus males no tenían pronto remedio.

«Contemplando el mar una noche desde la batayola,—decía él mismo,—me pareció que brindaba con tan hospitalario asilo á mi dolorido cuerpo, que casi estuve á punto de arrojarme á él en busca de reposo eterno. ¿Y por qué no hacerlo, si no advertia en mí ni en torno mio la menor probabilidad de alcanzar más ó ménos pronto el objeto vago é inaccesible de mi ambicion, es decir, la gloria? Pero felizmente, al recordarme la Divina Providencia en aquel punto mismo la imágen y la voz de mi padre y de mis hermanos y hermanas, se hizo en mi en-

tendimiento como una luz repentina y vivísima que me iluminó y me detuvo; y pensando que me debía completamente á la patria y al rey, y que, si yo lo merecía, ellos se encargarían de mi porvenir y de mi memoria, renuncié al suicidio, muerte de los flacos de corazón, inútil á todos y á ellos mismos, y dije: Muerte por muerte, prefiero aquella que sea útil á la patria; seré un héroe y arrostraré los mayores peligros, y por tal modo conseguiré mi objeto, que es morir, pero con gloria y virtud. Y desde aquel momento—añadía—me sentí tranquilo, fortalecido y consolado, pareciéndome que de una manera sobrenatural me revelaba el destino mi porvenir.»

VI.

Regresó Nelson á Inglaterra para reponer sus fuerzas, y aprovechando su estancia en la patria se presentó á exámen. Hizolo brillante, y fué nombrado en consecuencia alférez de la armada, con cuyo empleo estuvo cruzando en los mares de América y persiguiendo á los rebeldes que luchaban por emanciparse de la metrópoli. Despues defendió la Jamaica de la escuadra y desembarcos de los franceses mandados por el conde de Estaing, y formó parte de las expediciones de los ingleses contra la América española, exponiendo siempre la vida como aventurero que busca la gloria ó la muerte á la cabeza de un puñado de valientes, cañoneando desde á bordo y asaltando en tierra las fortalezas enemigas.

En una de las correrías que hizo entónces por tierras del Perú, acampó cierto dia en lo más fra-

goso de un bosque, y mientras los suyos se curaban las heridas y enterraban los muertos, él, rendido de cansancio, se durmió al pié de un árbol. Poco tardó en despertarlo una serpiente venenosa con su mordedura, y aunque sin más tardanza le aplicaron á la herida los contravenenos usados de los indios, y el vigor de su naturaleza contribuyó á salvarlo, el mortífero veneno dejó muy quebrantado su organismo durante largos años. El almirante Cornwallis lo trajo moribundo á Europa, cuidándolo y atendiéndolo como si fuera su padre, y lo entregó á su familia, con la cual pasó algunos meses disfrutando de las delicias del campo en aquel hogar de la infancia que los primeros resplandores de su reputacion comenzaban á ilustrar. No bien hubo vuelto á Lóndres, fué nombrado para el mando de un bergantin de veintiseis cañones que debería cruzar durante la estacion del invierno los mares del Norte, y estudiar al propio tiempo las costas de Dinamarca, dando por resultado esta campaña tan peligrosa que Nelson entreviera la posibilidad de realizar uno de los hechos más temerarios y siniestros de su vida, esto es, el incendio de Copenhague.

Al llegar la primavera, el *Albermale*, que así se llamaba su bergantin, fué destinado á la América del Norte; pero como al acercarse á las costas del Canadá se viera Nelson perseguido y rodeado de cuatro fragatas francesas, y á punto de ser presa suya, prefirió la pérdida del buque á la humillacion de rendirse, y lo puso á todo trapo en demanda de una barra peligrosísima, en la cual rompía el mar furiosamente. Traspúsola con felicidad el *Albermale*, mientras viraban en redondo los contrarios, cuyo naufragio hubiera sido seguro á intentar lo propio, y por tan bizarro modo ganó puerto seguro.

Mientras permaneció en Québec, hubo de prendarse tan apasionadamente de una hermosa canadiense, que sin atender á la ínfima condicion de su clase, mostróse resuelto á sacrificarle sus ambiciones, renunciando al porvenir que le brindaba su carrera para casarse con ella.

La escuadra se hallaba por aquellos dias á punto de dar la vuelta á Inglaterra, é inquietos sus oficiales al conocer tan desatentado propósito, fueron en su busca momentos ántes de zarpar, y no sin violencia lo llevaron á bordo; pudiéndose presentir desde aquel punto que sería esa insaciable ambicion de las almas delicadas, que llaman amor, escollo terrible de su vida.

VI.

Cuando nombraron á Nelson comandante del *Boreas*, aumentó más y más su fama entre los marinos ingleses con los actos de valor que realizó y las presas que hizo en las costas de América, siendo éstas tantas y tales que la parte de ellas correspondiente á su tripulacion, al llegar de regreso á Londres, no bajaba de cuatro millones de reales; cifra que trató el Almirantazgo de reducir, cercenando la prima de guerra justamente ganada por los oficiales y marineros del buque; pero Nelson abogó por todos ante S. M., y el Rey le hizo justicia, colmándolo al propio tiempo de alabanzas y mercedes, contra el parecer de la administracion.

Y como sus campañas y triunfos no interrumpidos le habian borrado por completo de la memoria el recuerdo de sus amores canadienses, prendóse de nuevo esta vez de las virtudes y encantos de una

jóven viuda de diez y nueve años llamada Mistress Nisbet, con la cual contrajo matrimonio el 11 de Marzo de 1787. Sus compañeros y rivales de la marina recibieron mucho disgusto del casamiento de Nelson, suponiendo que por no separarse de la mujer amada sería capaz de renunciar á su carrera el hombre á quien la patria, la guerra y la gloria declaraban ya por el héroe futuro de la Gran Bretaña.

«La marina inglesa perdió ayer—decia con tal motivo en su diario un oficial de la armada, que andando el tiempo fué su segundo—una de sus glorias por consecuencia del casamiento de Nelson: desgracia nacional ha sido estos amores y el desenlace que han tenido, pues sin ellos habria llegado á ser el primero y más famoso de nuestros almirantes.»

VIII.

Empero no trascurió mucho tiempo sin quedar desmentidos estos augurios, pues si Nelson era entonces completamente feliz en el hogar doméstico, se hallaba tambien resuelto á sacrificar su dicha, si necesario fuese, al bien de la patria. Entretanto, se dirigió á la casa paterna en compañía de su mujer para que los suyos fueran testigos de la buena ventura que gozaba.

«Hijo mio,—exclamó su anciano padre que aún vivia, pero enfermo y afligido, como si solo esperase para morir ver á Nelson en el camino de la inmortalidad;—tu presencia me rejuvenece; ¡pero acaso hubiera valido más que ahora no me regocijara estrechándote en mis brazos, si la muerte ha de separarme pronto de ellos; que me siento tan débil y tan cargado de años, que á decir verdad poco me resta que gozar de tí!»

Durante la estancia de Nelson en casa del venerable anciano, volvió á las costumbres tan gratas para él de la vida campestre, que fueron las de su niñez, y acompañado de su jóven esposa emprendia largas excursiones á los lugares vecinos, y recorría bosques, prados y sementeras, recreando la vista con las faenas agrícolas y el espectáculo de la naturaleza, ó el ánimo, sesteando con un libro á la sombra de los árboles. No parecía sino que hubiera olvidado por completo el mar, y que los lazos del amor y los recuerdos de la primera juventud lo sujetaban por mil misteriosos modos á la tierra donde nació.

IX.

Interrumpió este idilio de Nelson la guerra con Francia en 1792, pues el 12 de Diciembre de aquel año recibió del Almirantazgo el mando del navío *Agamemnon*, de la escuadra que bajo las órdenes de Hood cruzaba las aguas del Mediterráneo. Poco despues, y cuando el Mediodía de Francia entregaba Tolon á los ingleses para librarse por medio de un crimen de lesa nacion de los crímenes de lesa humanidad cometidos por el Terror, destacó el almirante Hood de su flota el *Agamemnon* y dispuso que fuera sin pérdida de tiempo á Nápoles para proteger la familia real y el puerto contra las escuadras republicanas que amenazaban el reino aliado de los ingleses; siendo acogido Nelson de la ciudad con afecto por esta causa y de la corte con extraordinaria simpatía por sentirse, además, con él segura y fuerte. Era entónces embajador de Inglaterra en Nápoles lord Hamilton, el cual ejercia omnimoda influencia en la política del país. Nelson puso en

sus manos los despachos del almirante Hood que le servian de credenciales de su cargo, y le dió la noticia de haber caido Tolon en poder de los ingleses, cosas ambas que lo llenaron de regocijo.

Exaltado Hamilton en su odio á las instituciones republicanas, y fuera de sí con la noticia de hallarse ya en poder de la Inglaterra el arsenal de Francia, recibió á Nelson como si hubiera sido la salud de los pueblos europeos, y presintiendo en el jóven comodoro un vengador de reyes, azote de la revolucion y gloria de las restauraciones monárquicas, pasados que fueron los primeros momentos de la visita lo dejó solo en su gabinete, corrió á las habitaciones de su esposa y le dijo lleno de satisfaccion:

«Voy á presentarte un oficial de marina que no tiene nada de buen mozo; pero á quien admirará el mundo algun dia por su heroísmo y sus victorias. Y aunque no haya franqueado nunca las puertas de mi casa en calidad de huésped á ningun oficial ni almirante de la marina inglesa, me propongo abrirlas ahora de par en par para Nelson. Que le preparen, pues, la parte del palacio que se había destinado al hijo del rey de Inglaterra.»

Lady Hamilton, que aún se hallaba más predis puesta en favor de los intereses de la corte de Nápoles que su marido, con este discurso recibió á Nelson como á quien fuera necesario conquistar y someter de una manera inquebrantable y definitiva á la causa de sus pasiones. Nelson residió en la embajada desde que llegó á Nápoles, y su entonado Josua Nisbet, que iba con él en el *Agamemnon* en clase de guardia marina, se vió complacido y mimado en todo por lady Hamilton, y aún más que si fuera su madre.

X.

Así comenzaron, por efecto de una serie de circunstancias y de sucesos extraordinarios, y de la simpatía de un anciano, los amores de Nelson y de lady Hamilton; pasión que, como la de Antonio y Cleopatra, debía de incendiar las costas del Mediterráneo, mudar la faz del mundo, y conducir alternativamente á la gloria, la vergüenza ó el crimen al héroe cautivo de las asechanzas de la hermosura.

Para comprender la vida y la pasión funesta de Nelson, fuerza es trazar, siquiera sea en breves palabras, la vida y aventuras de lady Hamilton, mujer extraordinaria, que después de haber sido la Aspasia fué la Herodiades de su siglo, y que debió á su peregrina belleza, á su buena estrella y al amor que inspiró siempre á los hombres, elevarse de la humilde cabaña de su madre y de los lugares sospechosos de Londres, al espléndido tálamo de uno de los magnates más opulentos de su patria, siendo al propio tiempo embajadora de Inglaterra y compañera íntima de una reina y su protectora y cómplice antes que su protegida y amiga: que cuando la hermosura excede los límites de lo humano, es á manera de tiranía de los sentidos que todo lo somete y avasalla, y hace sus esclavos preferidos de los señores de la tierra; dominación esta incontrastable contra la cual la resistencia, sobre ser en vano, es imposible; milagro de la naturaleza de que la historia ofrece pocos ejemplos parecidos al de lady Hamilton, la moderna Teodora.

XI.

Se llamaba Emma, y no tenía otro nombre ni apellidos, pues nada se supo nunca de su padre, siendo lo único averiguado que fué su madre una pobre criada campesina del cantón de Chester, y que ya por haber perdido á su esposo, ya por haber quedado abandonada de su seductor, llegó un día desconocida de todos y pidiendo limosna con una niña de pocos meses en los brazos al lugar de Hawarden, del principado de Galles. La hermosura de la madre y de la huérfana interesaron á los vecinos, y por efecto de la simpatía que les inspiró pudo la forastera ganar su vida y la de su hija trabajando en las labores del campo. Pero la belleza singular y la distinción de las facciones de la niña—que á los hijos del vicio, del amor ó del misterio parece complacerse naturaleza colmándolos de sus dones como para compensarles la falta de familia—propagaron en el pueblo la especie de que lord Halifax era su padre; rumor incierto y vago que nada justificaba, siendo tan humilde y menesteroso su estado cual queda dicho, y después se vió. En efecto, á los doce años entró para servir y cuidar niños en una casa de aquellas cercanías. Pero como la familia de sus amos tuviera la costumbre de pasar frecuentes temporadas en Londres con su pariente Boyd el famoso grabador, comenzó Emma entonces á darse cuenta del efecto mágico que producía su hermosura en las gentes que la veían, y á presentir con su instinto de mujer cuánto podría esperar de los encantos y gracias que poseía. Y pareciéndole cada vez más monótona y triste la existencia en Hawar-

den, cuya oscuridad no convenia en modo alguno á sus ensueños de presuncion femenil, cuando hubo llegado á la edad de diez y seis años, huyó del lugar, y fué á Londres, entrando de criada en casa de un honrado tendero de la *City*. Poco tiempo estuvo allí, pues una señora de calidad que reparó en ella, solicitó sus servicios y la llevó consigo, elevando su categoría doméstica. Rodeada de los esplendores del lujo, casi ociosa y haciendo vida relativamente muelle y señorial, Emma se dió á la lectura de novelas más ó ménos ocasionadas á crear mundos imaginarios al amor ó á las ambiciones de la juventud. Y como si esto no bastara, frecuentó los teatros y bebió en la escena dramática la primera inspiracion del arte de accionar y de producirse, poniendo en juego todos los recursos del ingenio y de la naturaleza para causar efecto y seducir; arte peligroso por extremo en persona de tanta industria y belleza y que acabaria por perfeccionarse al calor de su instinto el día que representara la estatua vivificada de la Hermosura y de la Pasion.

Preocupada de las gracias de su persona, forzosamente habia de consagrar al tocador más tiempo del que debia en su condicion de sirvienta, desatendiendo por tanto sus obligaciones, y siendo esto causa de que su señora la despidiese. Pero luego buscó nuevo acomodo, más de su gusto, en casa de un empresario de comediantes, en la cual el desorden, la libertad, las visitas y familiaridad de los actores, músicos y bailarines completaron su educacion teórica en las diversas maneras de cautivar los sentidos. Emma estaba entónces en la flor de su adolescencia; su estatura era elevada y esbelta, y armonioso á maravilla su conjunto, cuyas ondulaciones naturales aventajaban los artificios más es-

tudiados de las actrices y danzarinas; su voz tenia las inflexiones más puras y dulces, y tambien las más apasionadas, reflejando en su rostro de tal modo la impresionabilidad de su organismo delicado y noble como las primeras sensaciones de un alma enamorada y virgen, que cuantos la veian quedaban deslumbrados de su hermosura, tristes de no poseerla, y sin valor al propio tiempo de conquistarla: que la pureza de corazon de la que sus admiradores llamaban nueva Psiquis se traslucia, por decirlo así, al traves de la morbidez de sus formas, rodeándola de una manera de aureola que infundia respeto á todos; pudiéndose añadir que si quemaba con sus rayos, era invulnerable, y que protegía su inocencia el exceso mismo de sus encantos. Emma cayó al fin, pero su primera flaqueza no fué obra del vicio, sino de la imprudencia y de a bondad.

XII.

Porque como un montañés de Hawarden, hijo del labriego que recogió á su madre cuando fué al lugar en la indigencia, hubiera sido alistado forzosamente para la marina en una leva que se hizo por entónces y llevado á bordo de la flota que se hallaba en el Támesis, la hermana del cautivo acudió en demanda de auxilio á Emma; la cual, movida de sus generosos impulsos, se presentó al jefe para implorar la libertad del jóven. Deslumbrado el Almirante con la hermosura de la doncella, cede á sus ruegos; pero la deshonra, sacándola de la condicion servil en que vivia honesta, la viste y alhaja majosamente, le pone caza, le da maestros, la en-

seña y la luce para ser envidiado, y luégo, al darse á la vela su buque, la deja expuesta y sin apoyo al peligro de nuevas seducciones.

Entónces, un amigo del Almirante, dueño de cuantiosos bienes de fortuna y de ilustre nacimiento, se lleva consigo á Emma, la establece á su lado en una de sus propiedades, dándole nombre de esposa, y durante cierto tiempo es la jóven aventurera reina de las fiestas, bailes y cacerías con que la obsequia el pretense marido, hasta que, pasada la luna de miel, la olvida en Lóndres á merced del vicio y de la necesidad.

Al caer de nuevo de las nubes de oro en que habia pasado algun tiempo al fango de Lóndres, y deshonrada para siempre á los ojos de sus antiguos protectores por el escándalo de sus aventuras, la recogió en su casa una de esas mujeres que hacen comercio de la hermosura vendiéndosela al vicio. Una casualidad preservó á Emma de la última infamia. Pues como su porte distinguido y su modestia, cosas ambas que sobrevivian á sus primeros desórdenes, juntamente con la perfeccion de sus facciones, sorprendieran á la Celestina, creyendo ésta sacar mejor partido de su presa, la mostró á un médico célebre por sus estudios acerca de la belleza, llamado el doctor Graham, charlatan sensual y místico al propio tiempo, que daba lecciones de anatomía descriptiva á la juventud corrompida y materialista de Lóndres, utilizando para ello modelos de peregrina hermosura; circunstancia que lo hacía parecer á los ojos de las personas discretas por extravagante y sospechoso.

Graham no pudo reprimir su entusiasmo al contemplar el conjunto de perfecciones de la infeliz Emma; pagó generosamente á la mediadora; recibió

en su propia casa á la desvalida, y anunció en los periódicos que poseia en su estudio una mujer hermosísima, ejemplo vivo y manifiesto de la eficacia de sus específicos para crear y desarrollar la perfeccion de la vida, de la salud y de la belleza en la criatura humana, convocando á los incrédulos para que por sus propios ojos se persuadieran de la verdad de sus palabras y certificaran haber visto á la misma diosa Higia en cuerpo y alma. A este llamamiento dirigido ántes al vicio y á la sensualidad que no á la ciencia y al estudio, acudieron recatándose de los sectarios de Graham, y poblaron las gradas de su anfiteatro donde tenia cátedra de sensualismo.

XIII.

Entónces se ofreció en espectáculo á la concurrencia la víctima infeliz de su propia hermosura, sobre un elegante pedestal, picota de su pudor, envuelta en un velo tenue y trasparente que ántes realzaba que no cubria la esbelta morbidez de sus formas, estallando con esto el entusiasmo de los sectarios del doctor, pues nunca logró producir el arte líneas ni tonos tan ideales y puros como la naturaleza en aquel caso. Pintores y escultores se disputaron la copia del divino modelo, sobresaliendo entre todos ellos Rowmney, el famoso colorista inglés, que lo reprodujo con incansable actividad, dibujando á Emma bajo cuantos atributos mitológicos é históricos son imaginables; figuras que reproducidas luégo por medio del grabado, llevaron hasta los confines del mundo el retrato de la jóven desconocida; pues enamorado Rowmney de su modelo como Apeles de Carpuspa, lo arrebató á Gra-

ham, estimándolo por tesoro inagotable, y alcanzando, en efecto, grandes sumas por sus cuadros de la Inocencia en el momento de tocar una sensitiva y sorprenderse del estremecimiento de la planta, y de Circe, la encantadora. Con ser grande la publicidad de sus retratos, el anónimo amparaba en cierto modo su pudor, y como eran muchas las veces que servía de modelo, ganaba lo suficiente para vivir oscurecida y modesta. Bien será decir que la célebre madame Lebrun, pintora de la reina María Antonieta, la retrató entonces en traje de bacante, llevándose á Francia el cuadro.

XIV.

Atraído de la hermosura que revelaban estos retratos, buscó á Emma por todas partes hasta descubrir su pobre vivienda un jóven compatriota suyo llamado Grenville, de la ilustre casa de Warwick, y sobrino del embajador de S. M. Británica en Nápoles, sir William Hamilton. Y como la pasión que sentía por ella lo cegaba, la creyó virtuosa, y la quiso con amor tanto más activo y poderoso, cuanto más resistido del objeto que lo causaba: que ya fuese deseo sincero de redimir las faltas de su vida pasada, ya fuese ambición de conquistar un nombre negándose á ceder de otra suerte á los deseos de su galán, ello es que sólo se rindió á la promesa de ser legítima esposa tan luego la familia de Grenville diera el consentimiento necesario, vencida de la constancia de ambos amantes. Subyugado el jóven prócer por su amable compañera, cuyos encantos realzaba la virtud, vivió con ella maritalmente algunos años, durante los cuales nacieron tres hijos

para colmo de su tranquila y misteriosa felicidad. Entonces la buena y seductora Emma, creyendo su porvenir asegurado para siempre, quiso compartir el bienestar que gozaba con su madre, y la llevó á su lado, rodeándola de comodidades, y honrándola y respetándola en todo, sin avergonzarse nunca ni de la servil condicion en que habia permanecido siempre ni de sus resabios irremediables.

XV.

Al cabo de algunos años de bienestar doméstico interrumpido sólo de la hostilidad de los Grenville, perdió el amigo de Emma sus empleos; y como lo abrumaran las deudas, no le quedó más disyuntiva que optar entre la miseria y la dolorosa necesidad de separarse de la que consideraba por su mujer. En tan críticos momentos llegó á Lóndres el tío de Grenville, sir William Hamilton, dueño de inmenso caudal, soltero, á quien debia heredar su atribulado sobrino, pero cuya severidad aristocrática no transigia en punto á reconocer por resobrinos los hijos de una aventurera. Negóse, pues, á dar su consentimiento á Grenville para que casara con Emma, y á pagar sus deudas, poniendo con esto al desdichado amante y á su hermosa compañera en tanta tribulacion, que ambos de acuerdo apelaron al único expediente que acaso fuera eficaz á conmovier y persuadir al anciano. Emma entonces, inspirada de Grenville, se vistió una saya de estameña, tomó un sombrero de paja, y se dirigió casa del inexorable tío, y puesta de rodillas á sus piés, confesó su falta, derramó copiosísimas lágrimas, tanto más persuasivas cuánto eran más verdaderas, habló con

acento de incomparable ternura de sus hijos, y asiendo de las manos á sir William se las cubrió de besos implorando su perdon para ella y Grenville, siquiera en gracia de las inocentes criaturas que todo lo esperaban de una bondadosa palabra suya.

El éxito de la pretendiente fué mayor todavía de lo que pudiera esperar y áun querer acaso ella misma. Porque fascinado el anciano con la hermosura de sus facciones, la gracia y perfeccion de su conjunto y el acento incomparable de su voz, cosas todas que aventajaban cuanto hasta entónces habia podido admirar en las estatuas de Grecia y en el teatro italiano, comprendió por la propia seduccion la de su sobrino, sintiéndose cautivo en los mismos lazos cuya fuerza negó al ver preso en ellos á Grenville; llegando á tal extremo su ceguedad y arrobamiento, que, cual si lo hubiera sobrecogido repentina locura, olvidó en pocas entrevistas su edad, su posicion social, su odio al matrimonio, el oscuro nacimiento y las aventuras de Emma, sus amores con su sobrino, el afecto que áun pudiera ella tenerle, los hijos nacidos de aquel consorcio, y el escándalo y la vergüenza del ignominioso tráfico que se proponia, comprando la posesion de una beldad por el importe de las deudas de su cortejo.

Así sucedió, en efecto, y Hamilton casó en Londres secretamente con Emma, llevándosela en seguida á Nápoles sin haber declarado aún su matrimonio. La hermosura de lady Hamilton deslumbró á la Italia como ántes habia deslumbrado á la Inglaterra; pero la fama de sus liviandades y de su impudor la precedió con la historia del comercio infame de que fué objeto entre tio y sobrino, acreditándose de tal modo, que para sofocar estos rumores y rehabilitar tambien al propio tiempo á su ídolo

en la medida de lo posible, se vió el embajador obligado á ratificar su casamiento de una manera solemne y pública. Cesó con esto el escándalo, y ya no se habló en Nápoles sino de las seducciones de lady Hamilton, de su belleza incomparable, y de su porte distinguido, siendo la primera en mostrarse admiradora entusiasta suya la misma reina de las Dos Sicilias.

XVI.

Era la reina Carolina de Nápoles hija de la emperatriz María Teresa de Austria, y hermana de María Antonieta, hermosa como ésta y simpática, aunque más constante, y tenía el ingenio de su madre; pero de sus virtudes sólo el valor y la entereza. Prevailase Carolina de su juventud, de su belleza, y del amor que inspiraba y del dominio que sabia ejercer sobre su marido, príncipe apático y de no muy superior inteligencia, para gobernar el reino desde la sala de festejos de su alcázar ó desde su alcoba por medio de sus favoritos, entre quienes designaba los que habian de ser ministros. Y como su actividad no conocia límites, y poseia condiciones para remover la Europa entera, y se agitaba en espacio asaz pequeño, el horror que le inspiró el asesinato de su hermana por los regicidas franceses, el miedo de caer derribada del trono en manos de los revolucionarios ó de los verdugos de Italia, el odio á los nuevos principios, que así reconocian derechos á los pueblos como limitaban el despotismo de los reyes y el capricho de los cortesanos, hicieron de Carolina de Nápoles la Némesis coronada de los tro-